

**EN TORNO A LAS  
CLASES SOCIALES  
EN LA  
REVOLUCION  
DE  
OCTUBRE**

huberto alvarado



# En Torno a las Clases Sociales en la Revolución de Octubre<sup>1</sup>

Huberto Alvarado

El movimiento pluriclasista de junio de 1944, después de lograr su objetivo inicial de derrocar al presidente Ubico, mantuvo durante algunos meses sus rasgos antidictatoriales como principal expresión de su carácter. Sin embargo. Cuando la situación interna del país y la influencia de la lucha antifascista en el mundo lo llevaron a desembocar en el levantamiento militar y civil de octubre 1944, pronunció su tendencia democrática burguesa.

El movimiento democrático reflejó espontáneamente la desesperación y la decisión de las masas urbanas, encabezadas por un sector pequeño burgués muy poco organizado. Dada la heterogénea amplitud de las fuerzas sociales participantes, lo que entonces se llamó “unidad de la familia guatemalteca” no fue más que la expresión de un pluriclasismo que se proponía el establecimiento de una legalidad liberal y el ejercicio de los derechos democráticos elementales. El decreto de octubre de 1944 de la Junta Revolucionaria de Gobierno, que proclama los objetivos del movimiento, señaló los alcances del nuevo régimen, las condiciones de aquel momento y los límites de los “postulados” de la revolución, los cuales, formulados en esta oportunidad, tuvieron una repercusión progresista.

La oligarquía terrateniente no se hizo ilusiones en cuanto a la “unidad de la familia guatemalteca” y, al ver afectado su dominio político, no intentó adaptarse al rumbo de los nuevos tiempos, sino se aferró al pasado. A partir de entonces, las contradicciones existentes en el seno de la sociedad guatemalteca que estallaron de junio a octubre de 1944, continuaron haciéndose presentes en diversos niveles y grados de profundidad. A la euforia de las primeras horas, a la embriaguez que produjo el hecho de haber concluido con la pesadilla de la dictadura ubiquista, siguieron ya las demandas políticas, sociales y económicas que fueron perfilando los futuros conflictos. La ideología pequeño burguesa, democrática pero siempre heterogénea, encontró en el arevalismo su expresión reformista, con una fórmula que, en lo esencial, no tendía a desarticular la base de la dominación terrateniente-burguesa sino sólo a modernizarla. Sin embargo, movida por su propio impulso inicial, por la dinámica de las contradicciones de una formación económica social caduca y por los estímulos

---

<sup>1</sup> Originalmente publicado en en la revista guatemalteca *Alero* (Tercera Época, No. 8, Sept.-Oct. 1974). El autor, Huberto Alvarado, era en ese momento Secretario General del Partido Guatemalteco del Trabajo. Pocos meses después moriría torturado por un escuadrón de la muerte.

de los cambios que se operaban en el proceso mundial, empezó a acelerar el ritmo de la lucha de clases.

## **Los contornos políticos**

El Frente Popular Libertador, que surgió como el partido político de la juventud, logró en los primeros momentos el apoyo de grandes sectores, precisamente por su fórmula: amplitud programática con objetivos limitados. Sin embargo, conforme los grupos de la burguesía nacional y la pequeña burguesía se diferenciaban en función de intereses económicos y propósitos políticos, se produjo la división y dio paso a la formación de nuevas organizaciones. Unas de ellas, el Partido Acción Revolucionaria, intentó recoger algunas de las demandas populares a fin de captar la participación de las masas. Esto hizo que la disputa por los campesinos, clientela electoral principal, se convirtiera en una de las actividades principales de los partidos.

Ante la dificultad de encontrar la fórmula de su propia organización política, las clases dominantes utilizaron más las agrupaciones económicas como grupos de presión, pero no descuidaron el procedimiento de influir desde adentro en las direcciones de los partidos pequeño burguesas y, más directamente, en el seno del gobierno y, principalmente, del ejército. Los ministerios fueron compartidos por políticos burgueses y pequeño burgueses de muy variadas posiciones, algunos ellos de dudoso pensamiento democrático.

La actividad política abierta se reinició después de catorce años de silencio oscurantista. Podría decirse que fue necesario aprender el significado de la palabra “libertad” y a ejercer los derechos democráticos. Los viejos políticos, que seguían llorando el pasado, no pudieron actualizarse para encabezar ni dirigir un movimiento que se desbordó por su juventud y espontaneidad, aunque las realidades que habrían podido permitirlo estuvieran vibrando en el fondo.

La atronadora propaganda de los aliados contra el nazifascismo y el despliegue declamatorio de las cuatro libertades encontraron un eco que la dictadura ubiquista y sus sucesores no pudieron disminuir. La Segunda Guerra Mundial se convirtió en el gran precipitador de las contradicciones internas, que pronto afloraron. La Unión Soviética, el entonces solitario país del socialismo, por un momento pasó a ser aliado admirado y no enemigo. La pequeña burguesía democrática imprimió su entusiasmo, sus vacilaciones y su peculiar radicalismo en el periodo inicial, en tanto que la oligarquía terrateniente, perpleja y sin el patrocinio efectivo del imperialismo estadounidense, no encontró el camino seguro de los viejos tiempos. La ruptura con el pasado -que en buena medida se dio como un rompimiento entre generaciones- no se profundizó por las propias limitaciones pequeño burguesas, pero se buscaron nuevos rumbos con impulso renovador, aunque con más entusiasmo que claridad y definición de objetivos.

## **El reformismo**

Treinta años después puede juzgarse con mayor objetividad, aunque también con superficialidad si se analizan los acontecimientos alejados de su contexto y se olvida lo que habían significado para el país y

sus habitantes los catorce años de dictadura ubiquista y el atraso abismal en que vivía Guatemala. Hay que recordar que muchos estudiantes saltaron de las aulas universitarias a las cúrales del Congreso y a altos puestos del gobierno y que la lucha contra la dictadura de Ubico se inició como enfrentamiento entre la juventud estudiantil y el gobierno tiránico. Son hechos episódicos que matizan los acontecimientos y marcan el principio del proceso, aunque no determinan su posterior desarrollo.

La organización política y sindical, los primeros conflictos obrero patronales, el código de trabajo, la instauración de la seguridad social, la ampliación de la limitada educación pública, la autonomía universitaria, la reforma bancaria y las leyes de fomento industrial fueron medidas típicamente reformistas, pero pusieron en marcha un proceso que empezó a cambiar la faz del país. Sin embargo, los pilares de la dominación imperialista y de la oligarquía se mantuvieron. El gobierno de Arévalo no fué fiel guardián de los intereses de los monopolios de los Estados Unidos y de los oligarcas, pero el aparato represivo del Estado estuvo presto a no dejar pasar de la raya a los obreros urbanos y agrícolas y a los campesinos. Sin embargo, la oligarquía y los monopolios, que vieron limitado su poder político, no perdieron ocasión para intentar retomar las riendas, acudiendo con tenaz frecuencia al método latinoamericano tradicional: la conspiración militar encaminada al golpe de Estado. Las intentonas fracasaron una tras otra frente a un Arbenz vigilante, firme y con iniciativa. En julio de 1949 se registró la más seria: el levantamiento militar de la Guardia de Honor, que ocurrió a raíz de la muerte del jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Francisco Javier Arana, cuando contingentes del gobierno se disponían a capturarlo para destruir la conspiración en que estaba envuelto. El aplastamiento de la rebelión reaccionaria a manos del sector democrático del ejército encabezado por Arbenz, apoyado por apreciables grupos de obreros, estudiantes y campesinos, provocó una radicalización del movimiento y le abrió paso al desarrollo del proceso revolucionario.

El arevalismo fue esencialmente una tendencia pequeño burguesa, con las limitaciones, vacilaciones, ingenuidades, el aventurismo idealista y los compromisos propios de esa capa social. Respetó las reglas del juego de la legalidad jurídica burguesa, pero, aunque buscó en los obreros y los campesinos el apoyo que necesitaba para subsistir, temió a la organización sindical unitaria, limitó o prohibió la organización del obrero agrícola y del campesino e impidió que apareciera el partido político de la clase obrera. Arévalo propició y mantuvo la división del movimiento sindical. No obstante, las masas aprendieron por su propia experiencia y las clases populares aprovecharon el uso de los derechos democráticos.

El propio crecimiento del capitalismo dependiente y el ejercicio democrático dieron curso, aunque en formas diversas y escabrosas, a la lucha de clases. Los diez años del movimiento octubrista constituyen un proceso en el cual la fase reformista del gobierno de Arévalo (1945-1951) es necesariamente rebasada por la fase revolucionaria del gobierno de Arbenz (1951-1954). El análisis de tal proceso debe hacerse dentro de los marcos nacional e internacional de la década iniciada a la llegada de Arbenz al poder. La acelerada maduración de las condiciones internas de Guatemala se produjo en medio del endurecimiento de la guerra fría, el descenso democrático en América Latina y el derrocamiento de gobiernos reformistas, cuando el imperialismo atacó a la República Popular de Corea, montó sus provocaciones en la Alemania Democrática y estuvo dispuesto a lanzar la bomba atómica sobre Viet Nam. Es la era -jamás debe olvidarse- en la cual el furibundo carnicero John Foster Dulles presidía los Estados Unidos, por delante y por detrás del abúlico Eisenhower. Al principiar la década del 50, Guatemala quedó aislada en el continente y asediada por todas partes.

## **La clase obrera**

En lo interno las contradicciones se agudizaron y la clase obrera entró a escena y empezó a jugar, con aciertos y errores, su propio papel. El 28 de septiembre de 1949 se realizó semiclandestinamente el congreso constituyente del partido de los comunistas guatemaltecos. En octubre de 1951 se creó la central única sindical: la Confederación General de Trabajadores de Guatemala. En 1952 se organizó la agrupación única de los campesinos: la Confederación Nacional Campesina de Guatemala. Esas condiciones empezaron a permitir que, junto a un sector de la burguesía nacional y a los partidos políticos de la pequeña burguesía democrática, la clase obrera y los campesinos dieran apoyo e impulso al gobierno de Arbenz y a su programa en forma más decidida y, en determinada medida, le imprimieran al movimiento revolucionario un sello más avanzado. Estas condiciones hicieron posible la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, promulgada en junio de 1952, que hizo real el contenido antifeudal de la revolución, al mismo tiempo que otros aspectos de la política económica de Arbenz pronunciaban el carácter antiimperialista del proceso.

El carácter sagrado de la propiedad privada de la tierra fue cuestionado a la luz de un nuevo concepto de función social y una idea más profunda de la legalidad. El latifundio, bastión del poder económico de la oligarquía terrateniente y de la entonces todo poderosa United Fruit Company, fue afectado. La reforma agraria puso en el camino de la acción política a millares de campesinos en todos los rincones del país, al integrar los Comités Agrarios locales que colocaron en manos de los propios interesados la lucha por la tierra y que, en esas condiciones, crearon lo que podía llegar a ser el embrión de un futuro poder popular local. Al mismo tiempo, los obreros urbanos y agrícolas, unidos en su central única, iniciaron diversas huelgas contra patronos guatemaltecos y extranjeros, demandando aumentos de salarios y prestaciones hasta entonces ignorados, sin ser reprimidos por la fuerza pública ni manipulados por el gobierno.

## **La burguesía nacional**

Al principiar la década del 40 las diversas fracciones de las clases dominantes no tenían mayor diferenciación por el propio grado del entrelazamiento de los intereses agrícolas, industriales, comerciales y bancarios. Sin embargo, existían y se manifestaron algunas contradicciones, que fueron resueltas por el gobierno ubiquista en favor de la oligarquía terrateniente. La inversión extranjera (principalmente estadounidense y alemana) estaba afincada en la agricultura (banano y café) y en servicios públicos (ferrocarriles y energía eléctrica). La revolución de octubre, por su propia dinámica y, en parte, por la inserción de la nueva estrategia imperialista, propició el crecimiento de la actividad industrial bajo el signo de un capitalismo dependiente. Se inició una política de fomento industrial y, con mayor precisión y miras definitivamente nacionales, en el gobierno de Arbenz se trazaron los siguientes objetivos: 1) Convertir un país dependiente y de economía semicolonial en un país económicamente independiente; 2) transformar un país atrasado, de economía predominantemente feudal, en un país capitalista moderno; y 3) hacer la transformación de tal manera que se pudiera lograr la mayor elevación posible del nivel de vida de las grandes masas del pueblo.

Por su carácter burgués y terrateniente, los intereses de la oligarquía eran al mismo tiempo afectados y estimulados. En su conjunto, la oligarquía, reaccionaria políticamente, no vio con simpatía

una política económica de esa naturaleza. Sólo una fracción de la burguesía, aquella cuyos intereses tenían un arraigo nacional, apoyó una parte de la política arbencista. Para decirlo con más precisión, prestó cierto apoyo a las medidas que iban contra el caduco régimen de tenencia de la tierra, pero mantuvo su cautela en cuanto a afectar al imperialismo y su total prevención al papel de la clase obrera y los campesinos. El sector burgués calificado entonces de progresista no vio en el proceso “su revolución”, sino un movimiento que en parte podía dirigir, pero que también, frente a unas capas medias radicalizadas que aspiraban a algo más y una clase obrera que empezaba a pretender a avanzar mucho más, en buena medida se le escapaba.

En lo fundamental, el carácter de la revolución de octubre fue democrático burgués, por cuanto intentó resolver la contradicción entre los remanentes precapitalistas y el crecimiento del capitalismo. Pero como el proceso se dio en la época del predominio imperialista, al profundizarse y acentuarse la dirección política del sector más avanzado de la pequeña burguesía y elevarse el papel de la clase obrera y de los campesinos pobres y medios, tenía que tratar de profundizar, a la par de sus tareas antif feudales, sus tareas antiimperialistas, por lo que el carácter de la revolución octubrista en su etapa más progresiva tendió a ser democrático nacional.

Fue en este sentido que la burguesía industrial nacional (poco desarrollada y no suficientemente diferenciada, como hemos señalado) no llegó a sentirla como “su revolución”. Las tareas políticas, económicas y sociales principales estuvieron enmarcadas en la Constitución de 1945, cuyo contenido era burgués terrateniente, por cuanto trataba de sentar bases para consolidar los intereses fundamentales de tales clases. Pero en ella había influido el pensamiento democrático de la pequeña burguesía, legalizando las libertades políticas, el derecho al trabajo y la seguridad social, y abriéndole paso al concepto de función social de la privada, a la acción proteccionista del Estado en favor de las masas trabajadoras y al intervencionismo estatal necesario para favorecer el desarrollo económico del país dentro del capitalismo. La Constitución garantizaba intereses tradicionales de clase, pero era suficientemente heterogénea para permitir que las clases progresistas, en determinadas circunstancias, pudieran proponerse el objetivo de superar, dentro de un marco burgués pero independiente y nacionalista, la realidad precapitalista y dependiente del país.

El gobierno arevalista jamás tocó realmente el problema agrario ni afectó efectivamente la base económica de los monopolios extranjeros. Al aumentar numéricamente y organizarse sindical y políticamente, la clase obrera empezó a jugar un papel político más activo e influyó en las masas para llevar adelante el proceso revolucionario, sacándolo del característico reformismo del gobierno arevalista mediante una lucha decidida por profundizar su contenido agrario y antiimperialista. Así se empezaron a definir con nitidez las posiciones contrapuestas en el cuadro nacional e internacional.

## **El contenido agrario y antiimperialista**

La reforma agraria, que tenía por objeto “liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala”, fue en sus dos años de aplicación el esfuerzo de mayor profundidad revolucionaria en la historia de Guatemala, no sólo por su orientación, la extensión de tierras entregadas y las expropiaciones realizadas (que minaban el poder económico de la oligarquía terrateniente), sino también por la movilización campesina que

produjo a lo largo de todo el país. El vital problema de la tenencia de la tierra, obligó al enfrentamiento abierto contra la oligarquía local y afectó en forma igualmente directa a la United Fruit Company, la empresa estadounidense más poderosa instalada entonces en el país. El enfrentamiento con las otras empresas de Estados Unidos tuvo otros rasgos, como en el caso de la International Railways of Central America y la Electric Bond and Share, que fue afrontado mediante la construcción de la Ruta al Atlántico (para romper el monopolio del transporte), del puerto nacional de Santo Tomás (para concluir con el monopolio portuario) y de la hidroeléctrica de Jurún Marinalá (para terminar con la decisiva influencia extranjera en la industria).

En el campo de la política internacional, las aventuras de adolescencia de los años del gobierno arealista (cuando se propiciaron las fallidas invasiones para derrocar los gobiernos reaccionarios de Osmin Aguirre en El Salvador, de Trujillo en la República Dominicana y de Somoza en Nicaragua) tocaron su fin. El gobierno de Arbenz inició una política tendiente a independizar a Guatemala de la férrea tutela del gobierno y de los monopolios de los Estados Unidos, que permitiera aplicar una política exterior acorde con los intereses nacionales y latinoamericanos, que se expresó en la negativa de Guatemala en 1951 a enviar soldados, aunque fuera “simbólicos”, para apoyar la agresión de los Estados Unidos a la República Popular de Corea: las votaciones guatemaltecas en la Sexta Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas, celebrada en París en 1951-52, cuando la delegación fue dirigida por los prestigiosos intelectuales Enrique Muñoz Meany y Luis Cordoza y Aragon, votó once veces con los países socialistas, ocho de ellas contra los Estados Unidos; y en la Séptima Asamblea de la ONU, celebrada en Nueva York en 1952-53, en cuya oportunidad Guatemala votó con los países socialistas nueve veces y se pronunció por el reconocimiento de la independencia de la Guyana Británica (Guyana) y por aplicar a la realidad de Puerto Rico el correspondiente tratamiento de colonia, acción que afectaba directamente a los Estados Unidos. (El hecho que ameritó tal posición hubo de ser reconocido finalmente por la ONU en 1954).

## **La razón de la contrarrevolución**

En la medida en que la revolución se profundizaba, el sector de la burguesía nacional que se había comprometido en el esfuerzo trató de frenar el impulso, se alejó o se esforzó por ganar a las capas medias acomodadas, las cuales, influidas por la burguesía en general, fueron pasando a un segundo y tercer plano o se quedaron a la expectativa. Las capas asalariadas revolucionarias, la clase obrera y los campesinos fueron ocupando los puestos avanzados, aunque sin llegar los dos últimos a tomar dirección del movimiento. La falta de madurez política, visión y audacia y de una base social proletaria (urbana y rural) más sólida, no permitieron que la clase obrera alcanzara el papel hegemónico. El peso del atraso económico influyó decisivamente en la reagrupación de las fuerzas sociales del país, en tanto que el secular rezago político frenó el desarrollo de la conciencia de clase y del nivel político. Es un hecho que la maduración de las condiciones subjetivas puede ser acelerada por las condiciones objetivas, pero las primeras no se inventan.

El sector comprometido de la burguesía nacional, presa de temor, dio varios pasos atrás y las capas medias acomodadas comenzaron a abandonar el barco que se había adentrado en la tempestad. En cambio, la clase obrera y los campesinos impulsaron un proceso revolucionario que, aunque programáticamente no era todavía la revolución correspondiente a su alianza, sí era el camino para avanzar hacia fases más radicales. Los campesinos que recibieron la tierra se dispusieron a defenderla,

aunque sin advertir ni ser advertidos acerca de cuáles eran las formas de organización y de lucha necesarias para crear las condiciones para hacerlo. La clase obrera intentó encabezar el proceso, pero su partido de clase no llegó a tener una concepción acabada de cómo conquistar la hegemonía.

En 1953 se vio la intervención de los Estados Unidos y el gobierno guatemalteco respondió con la denuncia internacional. En lo interno el esfuerzo más serio estuvo representado por los Comités de Defensa de la Soberanía Nacional, propiciado por el partido del proletariado, que promovieron por la base el desarrollo del frente único y alcanzaron resultados positivos en varias regiones en su tarea de preparar un punto de apoyo sólido para la lucha contra la intervención de Estados Unidos. En cambio, la alianza de los partidos políticos y las centrales sindical y campesina, llamada Frente Democrático Nacional, mostró más sus vacilaciones que su cohesión. Arbenz se mantuvo firme hasta el 27 de junio de 1954, pero, al mismo tiempo crecieron el oportunismo y el arribismo de muchos políticos y miembros del gobierno, afloraron casos de corrupción política y enriquecimiento ilícito en las esferas oficiales y, lo más grave, aumentaron las posiciones capituladoras frente a la reacción interna y el imperialismo.

El poder económico se mantuvo en manos de la oligarquía terrateniente burguesa. El poder político, en manos de la pequeña burguesía democrática y de elementos de la burguesía nacional, se convirtió en algo gelatinoso, sobre todo cuando el ejército respondió a su misión de clase, es decir, en este caso concreto, a su calidad de brazo armado de las clases dominantes, obediente a los dictados del imperialismo, y Arbenz, en el momento más agudo, por limitaciones de su formación y la falta de madurez e iniciativa de los partidos que lo apoyaban, no vio perspectivas de derrotar la intervención y optó por la falsa salida de la renuncia. Como ya lo hemos señalado, todo esto sucedió en uno de los momentos cruciales de la guerra fría.

El factor determinante en el inicio del movimiento revolucionario de octubre de 1944 fue la contradicción entre las viejas y caducas relaciones de producción y distribución, representadas por los terratenientes semif feudales y la burguesía reaccionaria que se habían formado a la sombra del imperialismo, y las nuevas fuerzas productivas, representadas por una débil burguesía nacional, las capas medias tradicionales y nuevas, la clase obrera y los campesinos. En su desarrollo, esa contradicción, vigente en lo esencial, fue alterada por el proceso revolucionario, que fue situando en diferentes posiciones a las distintas clases y capas sociales en la medida en que la lucha fue agudizándose y la situación de Guatemala como país dependiente y periférico fue acentuando el espinoso camino que tenía que recorrer un proceso agrario y antiimperialista en las condiciones internas y externas del primer lustro de la década de los cincuenta. Cuando se agudizó la lucha de clases, todas las argucias, las felonías y las cobardías saltaron al unísono y todas las armas se usaron. En ese momento las clases explotadas no habían aprendido por su propia experiencia que las clases dominantes cuando consideran que están en peligro sus privilegios, son capaces de todas las maniobras y que, cuando lo hacen, es necesario acudir a todos los medios, recursos e iniciativas y aplicar el consejo de los revolucionarios de todos los tiempos “audacia, audacia y más audacia” para enfrentar a la contrarrevolución.

## **Los campesinos**

Los campesinos ladinos e indígenas no habían sido actores en las acciones que condujeron al

derrocamiento de la dictadura ubiquista. El proceso lo fue incorporando a los cambios que se producían en el país, comenzando por la alteración que se produjo en la comunidad campesina con la actividad de los partidos políticos, que incluso propició que el tradicional sistema político-religioso de autoridad que prevalecía en muchas comunidades indígenas fuera cuestionado internamente. La disputa por la clientela electoral produjo tales resultados desde sus inicios en algunas regiones del país. La extensión y profundización del proceso revolucionario llevó el fenómeno a otras regiones. Al principio de la década del 50 algunas comunidades indígenas del altiplano ya estaban cambiando su tradicional manera de ver los problemas del poder local. El proceso se estaba extendiendo, impulsado por su propia dinámica.

La organización sindical y campesina comenzó a poner en movimiento a las masas campesinas ladinas e indígenas en demanda de mejores salarios, tierras en arrendamiento, y adquirió un carácter radical con la petición de la tierra. Aprovechando los resultados de una opresión de siglos, la influencia de los terratenientes, los errores sectarios que enfrentaron a pequeños terratenientes y campesinos ricos con los campesinos medios y pobres, y los conflictos puramente locales de diverso orden, la reacción pudo maniobrar y sembrar alguna confusión, tratando de frenar la demanda de tierras. Fue inútil. La realidad concreta de la entrega de la tierra y el papel activo que empezaron a jugar los Comités Agrarios Locales pusieron en movimiento a las masas del campo, que se incorporaron activamente al movimiento agrarista, estrecharon filas con los obreros (que habían sido los primeros abanderados de la entrega de las tierras) y los campesinos más avanzados se afiliaron al propio partido del proletariado.

La agudización de la lucha de clases en el campo tuvo que enfrentarse a las limitaciones de la pequeña burguesía, a la mentalidad conservadora o moderada de funcionarios civiles y militares, a las prevenciones de la burguesía y a los radicalismos propios del proceso revolucionario. Es importante destacar el hecho que el campesino indígena empezaba a reaccionar en función de su conciencia de clase, de su situación de semiproletario, de campesino desposeído y explotado. Sin abandonar por este solo hecho las formas particulares por las cuales expresa su conciencia social, se sumó con energía y decisión a la lucha por sus derechos económicos, sociales y políticos en todas aquellas regiones en las cuales el proceso revolucionario empezó a profundizarse.

Las transformaciones superestructurales iniciadas en 1944 fueron reforzadas de 1952 a 1954, cuando empezó a cambiar a ritmo acelerado el régimen de tenencia de la tierra. Entonces el campesino, indígena o ladino, vio a través de su propia experiencia el vigoroso impacto de la reforma agraria y comprendió que su vida entraba en una nueva etapa. Fue así como apreciables contingentes de campesinos pobres y medios, indígenas y ladinos, comenzaron a ser actores del proceso revolucionario y engrosar las filas de las organizaciones campesinas y sindicales.

## **La lección principal**

La explicación de la frustración del movimiento de octubre de 1944 se encuentra en los intereses económicos y la conducta política de las distintas clases y capas sociales y del imperialismo estadounidense. La experiencia que arrojaron los hechos concretos se convierte en la lección principal que tienen que analizar, una y otra vez, las clases y capas interesadas en un cambio revolucionario. En ese examen no debe confundirse la realidad económica, social y política tal cual es, con el sueño voluntarista de lo que pudo ser o no ser. Esto tampoco debe conducir a la lamentable equivocación de

pretender escudar los errores políticos de una clase revolucionaria o de su partido, sino a aprender de los mismos con sencillez, claridad y energía.

Es indudable que la profundización del proceso revolucionario hubiera dejado atrás los objetivos programáticos, señalados por Arbenz, de convertir a Guatemala en “un país moderno y capitalista”. La propia marcha de los acontecimientos, si las condiciones internas y externas hubieran sido otras, tenía que dejar atrás metas que por la propia dinámica histórica tenían que ser rebasados, como lo confirman los procesos revolucionarios de otros países.

La clase obrera fue, desde los inicios del movimiento de octubre, la abanderada de la reforma agraria y luego empezó a ser una de las más activas en impulsar su aplicación. La alianza natural y orgánica de la clase obrera y los campesinos empezó a desarrollarse y la marcha del proceso revolucionario la hubiera convertido en un bastión indestructible y en la base de un poder político mucho más sólido y revolucionario. Indudablemente, el imperialismo estadounidense percibió con suma claridad esa conjugación de fuerzas: una joven, poco numerosa, pero combativa clase obrera, y un numeroso campesinado que comenzaba a moverse como un gigante que despierta, era uno de los peligros principales que amenazaban la estructura de un poder tradicional situado dentro del marco del capitalismo dependiente, que corría el riesgo de ser desplazado por un nuevo poder con una sustentación popular que, en un futuro más o menos cercano, rompería los estrechos moldes capitalistas, para pasar a una etapa democrática popular, vía al socialismo. Con razón al llegar a la Habana en 1961, Jacobo Arbenz dijo: “Cuba no será otra Guatemala, pero Guatemala sí puede ser otra Cuba”.

El proceso revolucionario, aunque no pudo superar los límites agrarios y moderadamente antiimperialistas, llegó a los linderos de una situación en la cual potencialmente existían algunas de las condiciones para que, sobre la base de un papel más activo y hegemónico de la clase obrera, de la actividad y el peso cada vez mayor y en ascenso de la mayoría de los campesinos ladinos e indígenas, se avanzara hacia un poder integrado por tales clases y las capas medias revolucionarias. Era una perspectiva que tanto la situación internacional, el grado de la lucha de clases en el país, las limitaciones de la clase obrera y de los campesinos, como la intervención de Estados Unidos, hicieron no viable en esa oportunidad. Sin embargo, es oportuno analizar la situación que se vivía y las experiencias de un precedente que las fuerzas revolucionarias en su conjunto deben tomar en cuenta, tanto por los elementos negativos como por los positivos, por lo que se hizo y cómo se hizo, por lo que se dejó de hacer y por qué se dejó de hacer.

Se trata del examen de la frustración del proceso revolucionario, pero de una frustración que tenía en sus entrañas una particularidad que debe de ser analizada sin falsas ilusiones, sin romanticismo, sino a través de un riguroso estudio económico, sociológico y político que permita comprender el comportamiento político de la clase obrera y los campesinos en los años posteriores, así como sus potencialidades revolucionarias y sus limitaciones.

## **La perspectiva de la revolución**

Truncado el proceso que se dio entre 1944 y 1954, el país se encaminó hacia un capitalismo cada vez más dependiente, manteniendo las atrasadas estructuras precapitalistas que han permitido que el poder

se mantenga sustancialmente en manos de la oligarquía burguesa terrateniente y Guatemala bajo la dominación neocolonial de los Estados Unidos.

Con meridiana claridad Carlos Marx señala que “Al alcanzar una cierta fase de madurez, la forma histórica concreta es abandonada y deja el puesto a otra más alta. La llegada del momento de la crisis se anuncia al presentar y ganar extensión y profundidad la contradicción y el antagonismo entre las relaciones de producción correspondientes a ellas, de una parte, y de otra las fuerzas productivas, la capacidad de producción y el desarrollo de sus agentes. Estalla entonces un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social”.<sup>2</sup> La contradicción esencial entre las nuevas fuerzas productivas y las caducas relaciones de producción y distribución se mantiene y es la base de la crisis profunda de la formación económico social de Guatemala. Pero treinta años después las clases sociales guatemaltecas no son las mismas. Todas han adquirido experiencia y la lucha de clases se libra ahora en forma más compleja y frontal en todos los terrenos: ideológico, económico, político y hasta militar. Los conflictos no resueltos de nuestro país mantienen ese clima de inestabilidad permanente que es propio de un poder reaccionario incapaz de resolver los problemas fundamentales de la nación, aunque las clases dominantes y el imperialismo norteamericano pueden hacer uso todavía de algunos recursos, por mucho que los mismos resulten cada vez más condenables y convierten a Guatemala en el país de “más violencia por kilómetro cuadrado” como afirma el periodista español José Pernau.<sup>3</sup>

Muchos de los “revolucionarios” de ayer han cambiado totalmente. La bandera de la revolución de octubre es utilizada por quienes no aspiran a más que llegar al gobierno para gozar de prebendas, y hasta aquellos que sirvieron de instrumentos para detener el proceso blasonan ahora de sus continuadores. La revolución de octubre trata de ser convertida por algunos de historia en pieza de museo. Pero quienes han sido fieles a su espíritu y las nuevas generaciones que crecieron a su ritmo o recogen hoy sus ecos ya lejanos, son, por su acción revolucionaria y labor teórica y práctica, los legítimos herederos de las mejores aspiraciones del movimiento de octubre de 1944, en la misma forma que lo son de todas las luchas patrióticas y nacionales de nuestro pueblo.

A las clases y capas revolucionarias corresponde, en nuevas condiciones y con nuevas formas de lucha, tomar las experiencias de aquella década y continuar sin tregua el esfuerzo por hacer realidad las aspiraciones de la clase obrera, los campesinos y las capas medias asalariadas y de todos los patriotas que se propongan edificar, pedazo a pedazo, golpe a golpe una Guatemala efectivamente libre y democrática capaz de sustentar a todo sus hijos, a todos los que, como trabajadores manuales e intelectuales, pueden y deben ser los forjadores de su porvenir.

---

2 Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, p. 816, Fondo de Cultura Económica, 1946, México, D.F.

3 José Pernau, *Guatemala: desapariciones sin rastro*, Libro del Año, Salvat Editores, S.A. 1973, Barcelona, España, p. 104.



La presente edición de esta obra ha sido realizada el 11 de junio de 2014 por Marxists Internet Archive, quienes permiten y alientan la libre reproducción de ella.

El texto ha sido preparado por G. Ernesto Rowe. El diseño del folleto fue realizado por Juan Fajardo.

Este y una amplia selección de textos del Marxismo clásico y otras corrientes se pueden consultar gratuitamente en [www.marxists.org](http://www.marxists.org)